REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

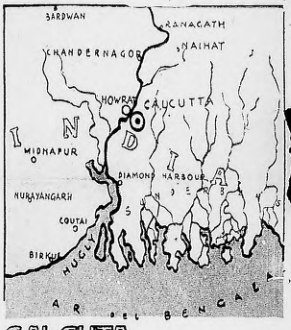
MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, JULIO 7 DE 1934 — No. 48

VISTO Y OIDO ★ *La Ciudad Dónde no se Entienden* ★ por PREMIANI

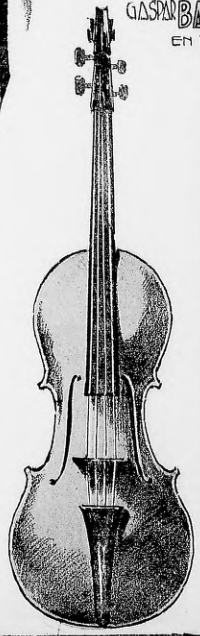
A ROSSINI LE PAGARON POR SU "BARBERO" 1.200 FRANCOS Y "UN TRAJE COLOR NUEZ CON BOTONES DE ORO"

LA PRIMERA MUJER EXPLORADORA DEL ÁFRICA FUÉ LA HOLANDESA ARNOLDA TIME, EN 1869 LA ASESINARON LOS TUAREGS



CALCUTA SE CONOCE CON EL NOMBRE DE LA CIUDAD DE LAS 50 LENGUAS, PORQUE SE HABLAN EN ELLA OTRAS TANTAS

EL INVENTOR DEL VIOLÍN FUÉ EL ITALIANO GASPAR BARTOLOTTI EN 1542.-



DESDE MUCHOS SIGLOS ANTES DE J.C. SE SABIA QUE LA TIERRA ERA REDONDA.-

EL PONTIFICE EN TIEMPO DE ROMA ERA EL ENCARGADO DE CUIDAR EL ÚNICO PUENTE SOBRE EL TIBER QUE UNÍA ITALIA SEPTENTRIONAL A LA MERIDIONAL ADQUIRIENDO ASÍ UN CARÁCTER SAGRADO QUE LUEGO HEREDARON SIMBÓLIC[illegible]NTE LOS PAPAS.-

El Robo de la Sala III

JONES, el guardián del pequeño "Art. Museum" de Birkenhead, casi sufrió un desmayo cuando a la mañana de aquel lunes, al hacer su recorrida habitual — con fines de limpieza e inspección — notó, al llegar a la sala III, la ausencia de una de las telas que colgaban de sus paredes. La fuerte conmoción se debió no sólo a la comprobación del robo sino también a la dificultad que iba a tener para explicar a su director la razón por la cual sólo a la mañana habían comprobado la falta del cuadro. La verdad era que nunca pudo sospechar — a pesar de la importancia que atribuía a su cargo — que nadie se interesara por las obras del Museo hasta llegar al robo.

Apenas pudo reaccionar de la intensa emoción experimentada, cuando corriendo con toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas y su cuerpo rechoncho, se dirigió hacia la puerta del edificio y con una exclamación cercana a la apoplegía comenzó a gritar en un tono emitió:

—¡Dios robado en el Museo! ¡Han entrado ladrones en el Museo! ¡Socorro!

...nto se formó un pequeño grupo de personas que fué aumentando y que deduciendo de los gritos del guardián y de su cara desencajada, que los ladrones estaban aún adentro, irrumpió en tropel en el interior del edificio.

...n la sala III, el pobre Jones, temblororso aún, mostró a los curiosos un marco vacío que colgaba de una de las paredes y bajo ich, había sido colocada por los bordes.

Un agente de policía que entró con el grupo, se dirigió inmediatamente a un aparato telefónico y comunicó a sus jefes la novedad.

...no de los presentes se acercó al marco vacío y lo examinó con detenimiento, echó una mirada a las demás cuadros que contenía la sala, así como a los escasos muebles que la adornaban, especialmente a un arcón antiguo que evidentemente despertó su curiosidad y terminaba su revisación cuando llegaron las autoridades policiales que habían sido avisadas por el llamado telefónico del agente.

Eran los recién llegados, el comisionado O'Brien, el sargento Ross y dos subalternos a quienes se impartió orden de despejar de curiosos el edificio.

En ese instante, la persona que tanta curiosidad demostraba por examinar los detalles del hecho, se acercó al comisionado.

—Mi nombre es Jack Sills, soy agente adscripto a la fiscalía del Estado de Nueva York y estas son mis credenciales — exclamó en tanto que sacando unos documentos del bolsillo los puso en manos del comisionado.

Este, una vez que hubo examinado la documentación se la devolvió a su interlocutor, diciendo: ¿Tiene algo que ver su presencia en este lugar con el robo que se acaba de cometer?

—Precisamente; hace algún tiempo que seguimos la pista de un habilísimo ladrón, especializado en robar obras de arte y aunque no conseguí tomar el mismo porque que él cuando se embarcó en América me ha sido relativamente fácil seguirle el rastro, el que me condujo a esta ciudad a donde llegué esta mañana. Apenas llegado, me encaminé hacia acá con el deseo de conversar con el director del Museo y prevenirle acerca del peligro que corrían las obras a su custodia y pensaba también comunicarme con usted y requerir su cooperación en la captura de Dan Milton — que tal es el nombre del delincuente — pero veo que he llegado tarde.

—¿Cree usted positivamente que este robo es obra de Dan Milton?

—Podría jurarlo. Milton no sólo roba obras de arte, sino que él mismo es un artista a su manera. Detesta la violencia, su "modus operandi" posee características de una aparente sencillez con lo que logra esa "difícil facilidad" que siempre se ha elogiado en los verdaderos artistas. Este robo lleva el sello inconfundible de su autor; es como si nos hubiera dejado su tarjeta en el marco vacío con la palabra "adquirido", escrita en ella.

A esta altura del diálogo fueron interrumpidos por la llegada de un caballero que un mayores síntomas de nerviosidad se les acercó, presentándose: Soy el director del Museo — dijo — y me he apresurado a venir apenas me enteré de lo sucedido; creo...so decirles señores que estoy completamente a vuestra disposición.

—Ante todo — empezó Sills ¿podría darnos algunos detalles sobre el cuadro robado?

—Es una obra que representa una batalla entre tribus árabes y aunque su autor es desconocido, se atribuye a un discípulo de Tiépolo.

—¿Posee el Museo — siguió el americano — alguna obra de valor superior a la robada?

—Oh, sí... esta es de las menos valiosas. En esta misma sala, está — añadió mientras señalaba uno de los cuadros — el "Retrato de un Noble", de Ticiano, que es la joya más valiosa de la galería.

—¿Tiene algún otro dato importante que comunicarnos?

—Absolutamente ninguno; ayer me retiré a mi casa a la hora de costumbre, después de haber cerrado al público el Museo, sin que se notara ninguna irregularidad. El horario de visita es de 13 a 18 horas.

Después de esta breve conversación, los policías inspeccionaron todas las dependencias del Museo y únicamente despertó su atención el arca antigua, de unos dos metros de largo por ochenta centímetros de ancho y noventa de alto, que se encontraba en la sala del robo; había huellas evidentes de que alguien, recientemente, se había introducido en ella, de lo que dedujeron que el ladrón se había ocultado allí el día anterior.

La sala III, salvo sus dimensiones algo mayores que las demás, presentaba un aspecto similar a estas en lo que se refiere a decoración, iluminación y estilo en general, estando dividida la comunicación entre los salones por gruesos cortinados de felpa. Las ventanas que daban al exterior estaban protegidas por un fuerte enrejado que se hallaba intacto en todas ellas, y además, por puertas con vidrios y postigos de madera. Dado el estilo severo del decorado, los marcos de los cuadros eran de un tono caoba oscuro que armonizaba con el sepia agrisado del papel que recubría las paredes.

Revisadas las puertas del edificio, no se hallaron trazas de haber sido forzadas. Este detalle que llamó la atención de Sills ¿no pareció impresionar al comisionado, quien afirmó que con el empleo de una buena ganzúa se podía abrir perfectamente una cerradura sin dejar huellas de su empleo.

Seguidamente pasaron al despacho del director, a donde hicieron comparecer a Jones, el guardián, quien más calmado pero dando aún evidentes muestras de nerviosidad, se prestó a ser interrogado.

Expresó que el día anterior, una vez cerrado al público el Museo, hizo una recorrida general, cerrando las ventanas con sus postigos y apagando las luces y después se retiró a su habitación, en donde se despojó de su librea vistiéndose con un traje de diario.

A las seis de la noche realizó una breve recorrida, sin hallar nada que le llamara la atención.

Después de una segunda inspección, siendo más o menos las diez y como nada irregular encontrara, se trasladó de nuevo a su habitación y habiéndose acostado no tardó en dormirse hasta ser despertado por la campanilla del despertador a la hora habitual, es decir, a las seis y media de la mañana.

Empezó a realizar la limpieza habitual, abriendo las ventanas, cuando al llegar a la sala III notó la falta del cuadro y salió corriendo a dar la alarma.

Una vez retirado Jones, ambos policías empezaron a analizar los resultados de la investigación realizada hasta ese momento.

—Voy a dar orden — empezó O'Brien — de que vigilen todos los caminos de acceso a la ciudad, pues el ladrón debe llevar consigo un rollo de un metro sesenta de alto y todo sospechoso va a ser detenido. Sólo lamento que esta orden va a ser un poco tardía.

—O tal vez — respondió Sills — algo prematura.

—¿Prematura? El ladrón nos lleva algunas horas de ventaja y mucho me temo que se encuentre en estos momentos a varios kilómetros de Birkenhead.

—En mi opinión — opuso Sills— Dan Milton se halla aún en la ciudad y lo que es más, piensa repetir el golpe. En efecto, es incomprensible que un verdadero conocedor de obras plásticas como Dan, haya elegido una tela inferior, pudiendo haber sustraído un auténtico Ticiano como el que estaba a su alcance en la misma sala. Declaro que es la primera "gaffe" que le veo cometer en su carrera y ello me induce a creer que por una u otra razón se ha equivocado de objeto, pero, conociéndolo como lo conozco, estoy seguro de que ha de intentar repetir el golpe, pues no es hombre capaz de dejar a su espalda una obra maestra teniendo probabilidades de hacerla suya.

—Entonces, usted cree... — comenzó O'Brien.

—Creo — interrumpió Sills — que Milton repetirá el golpe, o mejor dicho, que lo intentará. Y como es audaz, e incapaz de perder el tiempo por algunas dificultades que se le pudieran presentar, tengo la convicción de que intentará repetir la hazaña cuanto antes, tal vez esta misma noche.

—Pero en ese caso está perdido, pues si vuelve no será yo quien lo deje escapar.

—Ni yo tampoco, — Terminó el policía americano.

Después del "lunch" ambos policías dedicáronse a trazar el plan que llevarían a cabo esa misma noche a fin de que, si el ladrón intentaba consumar el segundo robo, no se escapara de entre sus manos.

Decidieron que Sills permanecería oculto en la sala III, en tanto que O'Brien y dos agentes harían guardia en el vestíbulo del Museo. A la menor señal de alarma, Sills daría dos pitadas con su silbato y acudirían los otros policías en su ayuda. Una vez de acuerdo en todos los detalles, ambos policías se separaron dándose cita para las diez de la noche en el edificio mismo del Museo.

Una espesa niebla fué condensándose sobre la ciudad de tal manera que al caer la noche, la visibilidad era escasa a cinco metros de distancia.

Llegada la hora de la cita, se reunieron en el despacho del director los policías que iban a hacer guardia en el Museo, en donde se pusieron de acuerdo sobre los últimos detalles.

—Apuesto doble contra sencillo — afirmó Sills — a que esta noche recibimos la visita de Milton. Es demasiado favorable para sus planes la niebla que envuelve la ciudad para que no la utilice en su provecho.

—En ese caso — contestó el comisionado — pues he de valer si no consigo capturarlo estando, como estoy, sobre aviso.

De acuerdo a lo convenido, Sills se dirigió a la sala III, ocultándose entre los pliegues del cortinado que dividía esta sala de la IV, y el comisionado O'Brien se instaló en el vestíbulo del edificio con sus hombres. Según lo combinado, ni una luz permanecí encendida en el interior del Museo y el más profundo silencio reinaba en el interior del mismo.

A las 2 y 20 de la madrugada, O'Brien y sus agentes fueron sobresaltados por los estampidos de tres disparos de revólver y el ruido de vidrios rotos que provenían de la sala III.

Se dirigieron a toda velocidad hacia ese lugar, cuando vieron venir a Sills que gritaba:

—¡Conseguió entrar y cuando lo sorprendí huyó por la misma ventana! ¿Creo que algunos de mis disparos le alcanzo! ¡Vamos aprisa!

A toda velocidad el grupo se encaminó al exterior del edificio. Afuera, la niebla seguía espesa como al caer la noche.

Se dirigieron hacia el lugar en que se encontraba la ventana de la sala III, dispersándose los perseguidores en busca del ladrón. Nada pudieron hallar ni el comisionado ni los agentes, por lo que al cabo de un rato regresaron, un tanto cabizbajos, al Museo a esperar la llegada de Sills.

—Menos mal que el segundo golpe pudo al menos frustrarse. —Refunfuñó el comisionado.

Habían transcurrido unos minutos desde su regreso, cuando O'Brien, sin poder contener su impaciencia se encaminó a la sala III, encendiendo las luces al entrar.

Casi sufrió un desvanecimiento al observar que el cuadro robado la noche anterior estaba en su lugar; en cambio se hallaba vacío el marco correspondiente al "Retrato de un Noble", de Ticiano.

Los vidrios de la ventana estaban rotos pero los barrotes no habían sido limados en parte alguna.

—Escondido... quién sabe, pero tapado, desde luego.

—Si usted no se explica mejor...

—Hay personas que sostienen que no hay como dejar una cosa a la vista para que no se la vea... sobre todo si el que la busca espera hallarla escondida. Parece ser que Milton es de los que sostienen esta teoría y hay que reconocer que, esta vez al menos, lo tenían razón. Milton necesitaba la alarma de un robo para entrar en funciones y poder robar lo que deseaba, pero para ello era indispensable que el cuadro aparentemente robado fuera otro distinto del que él codiciaba. Es necesario tener en cuenta que, antes los procedimientos que explica en este robo, la violencia no cuenta en sus planes; prefiere recompensar por la astucia. Es probable que si la primera noche hubiera eliminado al guardián y forzado la puerta de salida, no hubiera tenido necesidad de desempeñar la farsa subsiguiente, pero hay que reconocer que Milton es un "artista" y como tal se encariña con sus obras y es incapaz de entregrarse ninguna de ellas con un acto de violencia.

—Si, pero usted con toda su charla — replica algo molesto el comisionado — no explica la forma en que se desarrollaron los hechos.

—Yo ya me los he explicado, y ahora voy a relatárselos sin apartarme por un instante de la lógica más abrumadora. Lo que aparece como inexplicable es precisamente lo indispensable.

Milton estuvo el domingo por la tarde en el Museo y en un momento en que quedó solo se escondió en el arcón de la sala III. Después de la media noche comenzó a operar. Primeramente se dirigió hacia el "Retrato de un Noble" y con un simple cottaplumas lo cortó del bastidor. Después, colocándole por el dorso una substancia adhesiva la pegó sencillamente sobre el otro cuadro, con lo que este quedó oculto. Usted había notado que los cuadros de ambos son iguales y los marcos de todos los cuadros de la sala son idénticos. Colocó el marco vacío en el lugar del otro cuadro y este en el sitio del primero, con lo que la ilusión se produjo: el cuadro robado era el de la batalla. Dejado oculto todo el cortinado a que se produjera la alarma y se entremezcle con los curiosos al irrumpir, estoy en la sala a la mañana siguiente. Los demás usted lo conoce, tal vez mejor que yo.

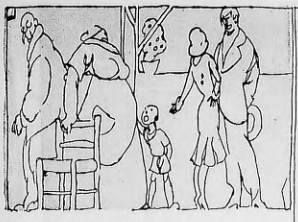
—Si, — arguyó el comisionado — pero ¿por qué aparecen ahora tanto el cuadro como el marco vacío en sus lugares primitivos? ¿A qué perder tiempo en esos detalles, si con la alarma y los disparos consiguió tener libre el campo para huir a su antojo?

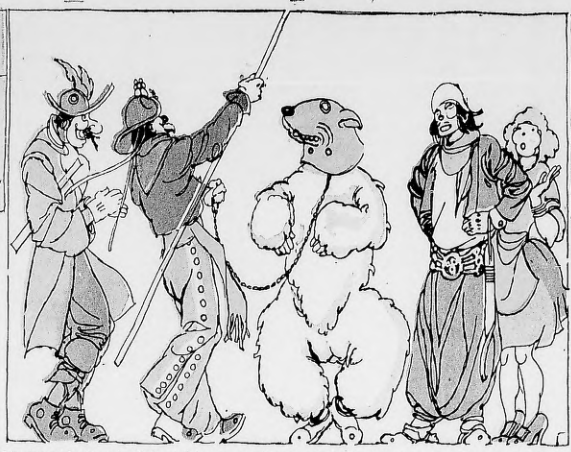
—Un ladrón vulgar habría procedido en esa forma, sin duda, pero Dan Milton, que no lo es ciertamente, ha tenido la oportunidad de arreglar así las cosas pues con ello daba la pincelada final a su obra, con ese toque maestro ha quedado satisfecha su vanidad de artista mimadísimo que no peppia al final arrevistado, sino que deja arrolla hasta en sus más mínimos detalles el plan previamente trazado por su brillante imaginación creadora.

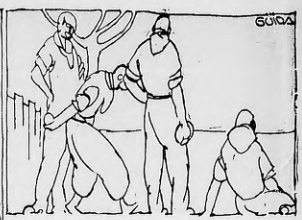
POR CARLOS PEREZ RUIZ

HASTA CUBAY DE PARPANOIA

La Ciudad que no quiso ser Provinciana







SIEMPRE fué una ciudad que no quiso ser provinciana. En cuanto se inaugure el primer Centenario de la muy oronda Independencia Argentina, empezamos a darnos cuenta de la nacionalidad. Antes lo veíamos todo a lo extranjero emigrado. Por eso es que la agricultura, en muchos de tales, fué una manera de hacernos patria de emigrados obscuros y sin héroes. Por tal motivo, la ciudad se podía descubrir en los oficios y pregón de los vendedores ambulantes. La profesión y procedencia de artículos nos daba la medida, el tono del nacionalismo ajeno al de su capital. Para ello nos quedaría una clasificación objetiva de la vida de sus calles y de sus múltiples oficios, tales como verduleros, pescadores, zapateros, albañiles, barrenderos, etc. que en todos puntos lo son, y lo eran por entonces, italianos. Desde cualquier interior, de patios o habitaciones se advertía la referencia extranjera de los que pregonaban mercancía a cualquier hora del día. Los había tenderos, mozos de café, corredores de comercio y de otros oficios que, con pequeñas variantes, se los conocía como españoles. Los argentinos que trabajaban hacían de carniceros, estibadores, carteros, empleados de comercio, y un gran porcentaje lo había de los que andaban a la zaga de mejor conchavo. Los vascos, ingleses, turcos, alemanes y los judíos de entonces, se adiestraban practicando generalmente los dividendos que rinde toda gran ciudad. Sin olvidar con esto al catalán Vila y a otros millonarios de la época, nos quedaría la cantidad de tipos populares, pintorescos, abundosos en aquellos días en que había tiempo de ocios y de escuchorbos. Los prontuariados y malandrines eran los que mantenían asuntos a puertas cerradas, en tanto la "maffia" determinaba arreglar sus cosas entre parientes. Como así lo fué demostrando en distintas actuaciones.

★

Por otra parte, sus calles no conocían la cachaza provinciana. Los conventillos, remozadamente ocupados por albañiles, verduleros, pescadores, se hallaban abarrotados de canastos en los fondos, patios y frente de los habitaciones. Los que no estaban muy al centro de la ciudad eran ocupados generalmente por criollos, españoles, turcos y de otras nacionalidades asimiladas entre sí. A éstos conventillos se les notaba la procedencia rosista, de negros y candombes... Solían tener paredes de alquitrán y en sus patios de tierra siempre había un rincón donde se jugaba a la taba. Sus veredas eran frecuentemente ocupadas por cantidad de muchachos acreisivos que gustaban apostrear, desmayar ventanas o faroles con lágrimas de vidrios en el suelo.

Los terrenos baldíos aun permanecían por las calles del centro, y eran útiles y frecuentados generalmente por gente del barrio. Los domingos, por ejemplo predicaban evangelistas y órdenes religiosas. Junto a malabaristas y gente de toda catadura se notaba la presencia de personas honestas que pasaban el tiempo en determinados juegos de la época. Entre la maleza y escondites la policía solía descubrir domicilios de gente que dormía de día, y con frecuentes fechorías cometidas en el mismo baldío. Hasta se llegó a consumar, entre otros abusos, ciertos sacrificios con las predicadoras religiosas. Por entonces, el baldío era lugar de intimidad y de obscuras operaciones.

En otro aspecto de sus calles, "la verdulera", "la mufra" y "el barbera" sonaban en los conventillos, zaguanes y cantinas del barrio. Los enamorados de entonces personalmente llevaban serenatas a domicilio, y era señal de ofensa para el mesoteronino si la durmiente no aparecía con una copita de alpe en la mano.

En aquel Rosario no se era tan sentimental como parece, y como para recordar a "la costurerita que dió aquel mal paso". Preferían la borrachera en coro, "ala violeta", o jugar a la mafia dopo d'un ritorno de vendetta.

La escuela por entonces no era obligatoria, y se aprendía a insultar a los muertos como ofender a las madres. A quienes eran de familias pudientes se les decía "dotor" o "cajetilla", y a los que no largaban para Buenos Aires se les reconocía categoría de "alguien"

★

En aquel comienzo de ciudad traída del campo, se notaba en sus habitantes la jactancia peludora de instintos en formación. Vivían desvividos por lograr en América soñada en la Europa de Garibaldi o Castelar. Los que se establecían en eso que comenzaba a ser ciudad, parecían vendidos del campo. Al poco rato ya usaban las prendas de vestir inventadas por el compadrito porteño. Para aquellos emigrantes que no habían conocido más vida que la de sembrar y recoger, la ciudad aquella les parecía el centro del universo. De ahí ese carácter agresivo, de mixtas costumbres, mezcla de lo grosero-pintoresco con cierta inflinación a lo purismo-naturalista. No otra cosa era lo que se dice de clase media para abajo.

De ahí que los italianos se entonces fuesen los que levantaban la cosecha, sin olvidar — claro está — que esto significaba vivir tres meses "a pan y cebolla" y volver al Rosario con sus buenos pesos. Para los españoles, criollos y turcos que no hallaban trabajo, o andaban de vago, la cosecha suponía generalmente una "tabla" de salvación". Para éstos, trabajar en tales condiciones significaba sacrificio o aventura; para los italianos era una profesión de amvet, aprendida en Europa. De ahí también que los duchos de los campos — vascos, ingleses, italianes, franceses, judíos, alemanes y el catalán Vila — mandasen venir remesas de emigrantes paisanos, para que trabajasen las apetencias tierras de América.

De esa manera creo que fué el comienzo de aquella ciudad campesina.

★

Volviendo a la ciudad, la cultura del Rosario, hago notar, sólo en los días de Carnaval. No puedo ser de otra manera, dado el fracaso de autoridades e instituciones bien intencionadas. Una que el Estado y su docencia no lograran con algunos sacrificios, lo hizo el milagro disfrazado. Es decir, aquella ciudad necesitaba una forma exterior que se adaptase a su naturaleza descreída. Y tuvo que ser disfrazado, o como se dice, durando la pildora. Inteligentemente fué ésta preparada por los españoles de entonces; los que comprendieron la paradoja y la dosis de sacrificio a que se expusieran. Sin eso, no se hubiese justificado el determinarse de esta manera: Mientras los "blatiao" los "negros candomberos" y "negros candomberos", como los "corchetes" y gauchos carnavalescos determinaban muertes, repartiendo puñaladas y balazos en pleno centro de la ciudad, los españoles de entonces introducían la cultura revestida, disfrazada de comparsas compuestas de centros filarmónicos: estudiantinas, orfeones, cantos, bailes, recitados y otros actos culturales que se conocían en privado. Esto por temor a la chusma violenta y desatada en lo que no fuera la fuerza del musculo del compadraje con matar al descreído. Aparte de lo dicho, y de lograr los primeros premios — como el reconocimiento del pueblo y autoridades docentes — los españoles, repito, desde entonces fundaron centros filarmónicos, líricos, veladas literario-musicales y hasta conciertos de cámara e instrumentales. Adrí de esto exagerando un poco, el Rosario de Santa Fe no conocía más que la Banda Municipal, el acordeon y la guitarra. Sin olvidar que esta, salvo excepciones, se encontraba relegada entre gringos. Sus vidalas y estilos siempre salían tirando para el lado del campo... Ahogada en su anchurero amor — como siempre la fué el de la guitarra — querendona del gaucho y amiga de mostrarse entera sobre el poncho de sombra que la diera el sombá, la guitarra en el Rosario no era la guitarra: la usaban de mandolina para acompañamiento de canzonetas napolitanas.

Tampoco hay que olvidar que por esos días Florencio Sánchez andaba muy sobremente por el café El Dorado y El Foros, y que los rosarinos de entonces no conocían más teatro que el Juan Moreira y La Viuda Alegre; que el tango habanero era la única música de entonces, con el vals "Sobre las olas", la jota y la tarantella.

★

Las romerías españolas eran costumbre casi nacional. El no haber asistido a ellas, en uno de sus días, significaba algo así como haber pasado un año sin carnaval. Por donde se andaviese se tropezaba con gente que iba de bomba y de faja colorada, alpargatas y pantalones de pic-nic. Se les veía por las calles, vestidos como para pentarse, y se les sabía entregados a la inquietuda de la fiesta. Todos se volcaban fuera de los límites de la ciudad, donde generalmente se efectuaban estas romerías. Tanto las carrozas como otros vehículos, iban adornados con mantones y chirtas alegorias. Pasaban los carretones con sus viztosos trajes regionales, y se llevaban los coffes de algarabía, de voces jacarandosas y tonadillas con empanse de pandero. Las coplas, las gaitas y las guitarras reunidas que llenaban de verbena, la ciudad. El pueblo en esos días era todo español, con el derecho, claro está, de vestirse a la manera de la raza, nación o pueblo a que pertenecían. Tanto daba una cancion o baile escoces, con vidalazos y sus típicos trajes, como un fado a la usanza y manera de orille de Portugal. Se mezclaban las jotas con el pericon y la tarantella. Y los osos y los monos y auténticos gitanos, con sus carretones de feria, hacían pensar si estábamos en carnaval o en romerías. Los más "divertidos" se vestían de pelotaris, escoceses, gitanos y cocolichos que, indistintamente, se tomaban del brazo de la galleca, del vasco o de la napolitana. Hasta gauchos o indios los había con sus chinas y sus negras vestidas de percal.

En aquellas brevísimas de tierra confieso que se veía el colorido más universal de la popular. Muestrario era este de carpas, entibiadas y personas, vasto y adornado con gran profusión de banderas españolas e italianas.

★

Las corridas de toros también iban parejas a estos acontecimientos, no por la profusión material que significara, sino por el contenido de entusasmo que despertaban tales manifestaciones.

Por entonces, lo mejor de todo no era el día de la fiesta, sino el de los ensayos. Fe cuyar malas artes, para encarar a lo de "mihura", hallados (diría un andaluz) a la sombra de un baldío, era lo más pintoresco y bochornoso, a la vez, para aquellos linchas de Joselyes. A cual más, a cual menos, y por el lecho de ser español, todos decían haber sido toreros en su tierra. Lo curioso del caso es que no había toros para dichos ensayos, y que el "mihuba" la era una de los fregados. Este no aguantara, por ejemplo, que sabedonse "toro", o en función de tal, les del público — reunidos para arreglos de ensayos — les gritasen: ¡Gallina!... o cosas semejantes. Por lo que las corridas de toros, en el Rosario, nunca pasaron de grandes ensayos, pese a las "figuras" españolas, italianas, etc., a los vistosos trajes de toreo y a los cortadores bien dispuestos. Para ello va una anecdota que lo ilustra:

En una de las corridas, extraoficial, el matador parece que andaba fallido de puntería. El toro sangraba y la cojaba de cuidado, quemándose de ira al pie de los capeos. La noche llegaba, pero el toro no moría. Visto lo imposible de terminar con el "mihura", el presidente de la fiesta atendiendo su pulso distinguido, salió a la pista entre el jaleo torrencial del público, y disparó a la bestia cinco auténticos balazos. Saludó cortésmente, como presidente, y con ello creo que fué el público el que terminó con la fiesta de los toros.

Así, con otras variantes, poco más o menos, era el Rosario de aquel primer Centenario de la muy oronda Independencia Argentina.

Aparte de esto, y sin giros de historiador, me gustaría decir también que fué la langosta (para cuando el monumento?) y no la Barranca de Belgrano, la que descubrio el Rosario. Hasta ahora no lo he consultado a sus obscuros millonarios, pero imagino que lo de la bandera fué una alegoría durante cien años de arrieritmica. Lo que no quiere decir, exagerando un poco, que sólo la traran para indicarnos el lado a que iba el viento. No. Pero sí fumas patriotas, queriendo vivir de acuerdo con nuestra idiosincrasi, también lo fuimos negados por los que, pudiendo ser alguien, se quedaron en mumonarios.

Por eso, y por lo que no dice la historia, los únicos héroes de aquella ciudad que no quiso ser provinciana, creo que lo fuimos los muchachos de barrio. A nosotros se nos debe el acicate que impusimos a las autoridades en procura de algo que fuera como una literatura. No siendo así, creo que nunca habríamos descubierto la manera de ser argentinos. Para ello nos fuimos declarando enemigos del "progreso". Rompiendo, negando, mintiendo, nos fuimos formando de manera de no estar de acuerdo con nada...

Por J. SOLER DARAS

DERECHOS RESERVADOS

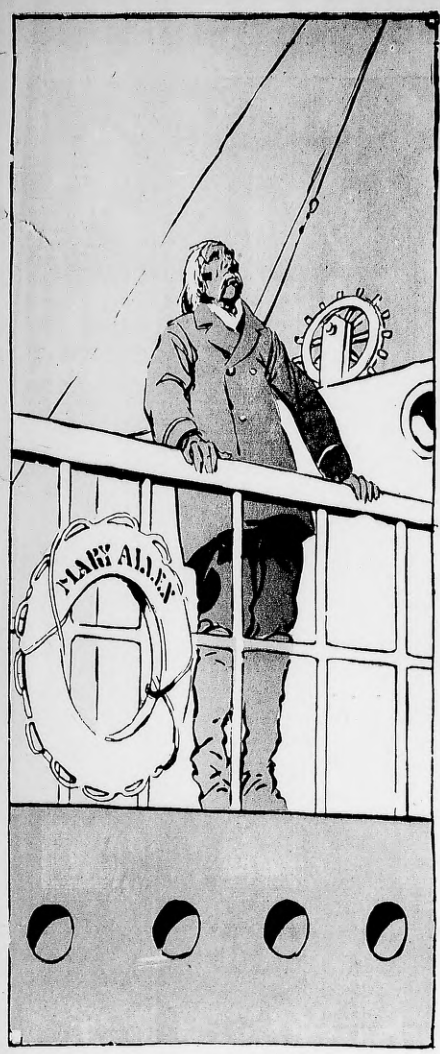
Nuevas Aventuras del Capitán y sus Sobrinos, *por* [illegible]

EL TAMBOR DE TACUARÍ

DOS BURROS QUE NO SON FLAUTISTAS.

AVENTURAS.

DONDE ESTÁ MARCADA



ACTO UNICO

LA ESCENA REPRESENTA el "camarote" del capitán Bartlett: un cuarto edificado como un alcázar en la alta de cubierta de una chalupa de la costa. El interior del cuarto está alrededor con un sofá corrido de respaldo, y la tapicería edificada, no sólo de lujo. Más abajo una cazadora de oilcloth. Al fondo una puerta. En el fondo a la izquierda un aparador con un jarro. En el fondo, al centro, una puerta que da a las escaleras que conducen a la parte baja de la casa. A la derecha de la puerta, contra la pared, una cama de marina con una lámpara. En la pared de la derecha cinco sillas de boca. Exactamente abajo, en la pared de derecha, el banco con mesa larga, una silla de respaldo derecho, una escalera y la otra a la izquierda. En el piso una alfombra cuadra de color oscuro. En la salida del techo una claraboya que se extiende desde la parte delantera del techo hasta la parte trasera de la misma. En la extremidad derecha de la claraboya cuelga una lámpara de cámara. En las de la izquierda pequeña en el piso la cama sombra redonda de la lámpara de cámara.

La obra se desarrolla en las primeras horas de una noche clara y con luz del sábado de 1900. La luz de la luna cuando por el techo que se quiere cuelga las formas diurnas de la luz de cámara, se derraman lúgubremente por las tapas de luego y descansa como pálida cuando en ocasiones circulares sobre el piso y la cama. Una luminosidad semejante de día que traerían aparentemente a través, cada de ladrón.

Después que el telón se levanta, la puerta del fondo se abre bruscamente y los hombres y la cabeza de DANIEL BARTLETT aparecen sobre el umbral. Todo un cuadro que en luz cada, cuidado los cuerpos que la forma y color. Hace un minuto o dos que está en la oscuridad, debajo. —Bien, muchachos, dentro. El doctor HIGGINS le sigue, y, cerrando la puerta, sube con gran cuidado y se sienta. En su hombre delgado, ordinario, de aspecto profesional, de unos treinta y cinco años. DANIEL BARTLETT es unos años, buscando, y desordenado. Le han magullado el hombro y la cabeza de una lado cogido frecuentemente a que ya contra el cuerpo cuando se mueve. Repentinamente ahí que los tres la cosa no tiene. Los hombres parecen ambulantes por la cubierta, con cuidado, como si estuvieran acostumbrados a la oscuridad. La cara es baja, horizontal y arrinconada; con sus ojos acerca sus hombros, sus muñecas, boca de los lados, nariz, mostrando que no puede desarrollarse y perfilar. La voz es baja y penetrante, de tono profundo, hueco, metálico. Una excepción acerca y pitahuaca se conserva metidos en alfas, las cuentas por cuidados.

DANIEL. — ¿Ve bien, doctor?

HIGGINS. — Oh, el buen decimoctavo: suficiente que alcanza una oscuridad tolerable, si... particularmente... no se moneste. Bella tarde la luna...

DANIEL. — (*Impaciente.*) (*Comienza después después hacer la seña, la va no quiere hacer... Giiii

LA CRUZ

DANIEL. — (*Violentamente*). De él, y de ese mar al que está condenado. ¡De ese maldito mar que nos impuso cuando yo era chico... el mar que me robó mi padre y me hizo esta cosa rota que soy!

SUSANA. — (*Suavemente*). No podrás culparlo a papá... de tu desgracia.

DANIEL. — Me arrancó de la tierra y me metió en su barco, ¿no es cierto? ¿Qué sería yo ahora si mi padre hubiera ignorado como él el mar? Si hubiera hecho su gusto? No. No es el culpable el mar que barre a sus propietarios, llevándose mi barco, y luego tirándome a tierra... ¡Loco de sus desbarajustes!

SUSANA. — (*Casi no sollozo*). Estás amargado, Daniel... y cruel. Ha pasado ya tanto tiempo. ¿Y qué no tratas de olvidarlo.

DANIEL. — (*Amargamente*). ¡Olvidarlo! ¡Es fácil olvidar! Cuando Tom vuelto de este infierno a casarse y estar... libre de todo lo que la vida ha significado para mí, de un capitán, como lo fué este madre. Que te vaya bien, Tom, que seas feliz... ¡Y me dejó solo! (*Pausa*). Tenía que quedarme solo... Tres cuartas partes de mi vida... ¡del libre que yo era! Y ahora estoy encerrado... Pero yo sé, con seguro como que aquí los dos, que debo vivir aquí. No podría vivir fuera de esta casa de... (*Mirándola fijamente*). Susana... a pesar del... ¡Estuviste a punto de irte! (*Riendo sobre sus compañeros*). ¡Pero no pasó nada! ¡Pobre Smith, me dio cuenta, pobre, pobre Smith, me dio cuenta, pobre, pobre Smith, me dio cuenta, pobre,

La Penumbra de su Voz

TENDRIA nuevamente su cabello entre las manos, suave y ondulado. Vería al sol desvanecerse entre hebras durante las últimas horas de la tarde.

¡Caliclos de Lisa!

Le caen sobre la nuca y las espaldas. A veces gira la cabeza y posa los ojos azules en los suyos, sonriéndole con abandono.

Ayer al despedirse le apretó con fuerza la mano, cálida y temblorosa. Sintió un feliz estremecimiento. Baldwin le juega bromas con los compañeros de instituto. Pero hasta este le produce un júbilo inexplicable.

Mira sus cabellos...

En la preciosa sala donde todos hablan, el permanece mudo, hundido en el ancianno sofá que hiede a naftalina. Las sillas deterioradas, aunque con evidentes señales de un pasado esplendor, están dispuestas en filas, como en una sala de espectáculos.

Sobre los cortentulos cae una luz amortiguada por la lámpara pendiente del techo. Ofrecen así para Edgardo, rostros sobios de un suave amanecer.

Se halla en el extremo posterior de la sala. Al lado del sofá donde está sentado, una mesita esquinera sostiene una macetа de geranios. Arrancn a hurtadillas una flor y sufre una pequeña decepción al comprobar que carece de perfume. Se entretiene, entonces, en examinar con atención una hoja de la planta. Hunde las uñas en su limbo carnoso y al olerlas percibe un sabor de ciruelas deduldas, como si mordiese la pulpa de una de esas frutas.

De pronto se estremece. La hoja cae abandonada de sus dedos. Siente una voz peculiar. Una voz que reconocería entre muchas y en cualquier tiempo. Sí. Es ella.

Frente a los espectadores improvisados, en una tarima, está Lisa, junto al piano, del que huye una música lenta que acompaña el ritmo de sus palabras. Flaye su voz como otra música y Edgardo siente como se agita trémulo su corazón al vaivén de la misma.

Mira su rostro ovalado. Mira sus ojos mongólicos y su pequeña nariz. Sus labios se entreabren con dulzura mientras extiende con levedad la mano.

Siente que lo miran y comprende. Miradas significativas y cordialmente burlonas, parten de un grupo de condiscípulos.

Después, aprovecha la atención que provoca Lisa, para refugiarse en un rústico banco del patio.

Su voz llega depurada hasta él, en el patio de la penumbra, cálida y fluctuante:

"Abandonadme aquí, fieles compañeros de viaje!
Dejadme solo en la roca, entre [pantanos y musgo".

Extrañas palabras. Resuenen en su memoria como un eco de Goethe, fluyendo en la atmósfera para que ambos la escuchen.

"¡Avanzad siempre! Para ustedes está abierto el mundo,
Amplia la tierra, alto y grande [el cielo";

Siente cierto gozo menudo y retozon que le baila en las pupilas. Mira hacia el cielo.

El aire transparente se trueca en una cortina vaporosa y sutil. Piensa en Lisa.

Cuando pequeño, le dijeron que los ángeles volaban en la atmósfera de los atardeceres, siempre vigilantes e invisibles.

Mira hacia lo alto y adivina la imagen de Lisa.

"Para mí todo está perdido, me [clusive yo mismo,
Yo no hace mucho era preferido [de los dioses;
Ellos me han puesto a prueba, me [han prestado Pandoras,
Muy ricas en bienes, pero más ricas en peligros;
"Ellos me empujaron a la boca [dispensadora de felicidad
Ellos me apartan y me condenan [a perecer".

—¿Solo?

—Sí. Escuchándote.

—Supuse que te aburrías al verte salir...

—No. Prefería escucharte desde el patio. Se oye mejor tu voz...

Ella se queda mirándole fijamente. Edgardo apoya su mano sobre la de Lisa, abandonada sobre el banco. Mira su rostro inclinado de estampa pueril. Quedan en silencio. Edgardo piensa por un momento el deseo de hablar. A su lado, toda otra voluntad no existe. Ella está ahí. Ahora recuesta su rostro sobre su hombro. Está con él. Esto antes hubiera sido un sueño. Ahora es realidad. Realidad en el brazo que rodea su talle y en la mano cuyo pulso trasciende a través de la suya.

Recuerda las indecisiones, las tormentosas noches de vigilia, de sueños con su imagen, antes de su cercanía.

¿Qué importa que Baldwin, el grandulón de primer año ar ría de él con sus amigos? Ella está con él. Y nadie podrá desunirlos. Aunque Lisa deba verlo a escondidas de los padres, en cuyas manos ha caído una ardorosa y descuidada carta de Edgardo.

Aprovechan las tardes de ensayo para verse con frecuencia antes del festival.

—Dime, Lisa. ¿Nunca te contó la historia de "Amónn"?

—No. Cuéntala.

—Bueno. Escucha. Cuando era niño, vivía con mis abuelos en una casa de patio enladrillado. La casa tenía lugares agradables. Varias habitaciones en desuso en el fondo y la despensa. Pero de todos aquellos lugares prefería el patio cubierto por una parra gigantesca. Al patio lo cercaba un muro medianero cubierto de zarzas. La enredadera cubría hasta el brocal del pozo con algunas ramas. Este era muy viejo, vencido por la carcoma, ampliado y de paredes temblorosas. Me gustaba asomarme a él, para observar la sombra de mi cuerpo reflejada en el agua. Miraba la superficie líquida fijamente, como esperando entrar en el conocimiento de un mundo extraño, sobrenatural. De haber evitado la vigilancia de mi abuela, hubiese descendido para comprobar mis suposiciones. A veces el agua se estremecía. Atribuía la cosa a [illegible] el elemento al poder de mi mirada. Sí. Elete sí quieres. Pero no pueda evitar el referirte todos los detalles. Abuela decía que allí residía "Amónn", el espíritu de las aguas. Y eso se irritaba ante la constante curiosidad infantil".

"Cierta noche fuí despertado en mi lecho por el murmullo cantarino del espíritu naciendo de las profundas sombras. Con sus brazos tremantes sostenía su manto de aguas. Llegó hasta mi cuarto anunciado por una lengua cscurridiza que se anticipaba hasta pisar el lugar que debía hollar. Producía a su paso un sonido particular, mezcla de melodía y de sonido de lluvia y avanzaba como una sombra, sin rasgos definidos".

"Recuerdo la angustia que me acometió entonces, cuando unos brazos, blandos pero tenaces, me asieron al lecho. Mientras me convulsionaba espantado ante esa fuerza, solo atinaba a exclamar:

—"Amónn... Abuela... Amónn"...

Se siente envuelto en su brazo.

—¿Amónn!

La palabra se ahoga en las brazos de Lisa.

—Hermosa y extraña historia, dice estrechándolo aun más contra su cuerpo.

Edgardo la mira asombrado.

—El monstruo de agua es una linda sirena. ¡Amónn!... ¡Cómo brillan tus ojos!...

"Avanzad siempre! Para ustedes está abierto el mundo".

El eco de Goethe tiembla en sus tímpanos.

Un caballero puede tenèr amigos en el pesebre, pero no en la cocina.

★

Cuidado con el hombre que tiene su Dios en los ciclos.

★

El pacifismo es el temor de ser derrotado.

★

Salvo en los nueve meses que preceden al nacimiento, nadie resuelve sus problemas con la prudencia con que los resuelve aquel árbol.

★

El matrimonio combina el máximo de tentación con el máximo de oportunidad. De ahí su éxito.

★

El que domina una profesion descree de ella.

★

La decencia es una conspiracion del silencio hecha por la indecencia.

★

En el cielo un ángel no es nadie.

★

No ames a tu prójimo como a ti mismo. Si están en buenas relaciones contigo, es una impertinencia; si en malas, una incivilidad.

★

La virtud no está en prescindir del vicio: está en no apetecerlo.

★

Si haces mal a tu prójimo, que no sea a medias.

★

Primero, el hombre se sacrifica por los que quiere; después, acaba por aborrecer a las personas quesinpiraron el sacrificio.

★

La diferencia entre Juan Lanas y un pensador es insignificante para el pensador, infinita para Juan Lanas.

POR

Opiniones

MIENTRAS haya cárceles no importa mucho quién esté adentro y quién esté afuera.

★

No hay problema social. A los pobres la pobreza los atormenta; a los ricos la inutilidad.

★

El que puede, hace. El que no puede, enseña.

★

La belleza y la dicha son accidentes.

★

El hombre con dolor de muelas cree en la felicidad de todo aquél a quien no le duelan. El pobre, en la felicidad del rico.

★

Convertir un negro de Africa al cristianismo es convertir el cristianismo en un negro de Africa.

★

Si hay que tratar a los sirvientes como a seres humanos, no vale la pena tenerlos.

★

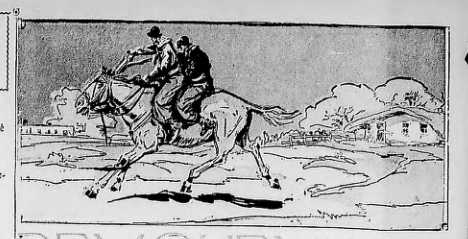
La compasión es el compañerismo del débil.

★

El hombre que ya cree en la Universidad, en el Código Penal y en el deporte, sólo precisa tener rentas para ser un perfecto caballero.

★

Todo hombre que ha cumplido los cuarenta años, es un canalla.



REMORENADAS

—¡AHIJUNA!, si parecías hermanos...

—Por lo ligeros y dentradores...

—Como se pone el cristiano cuando se cruzan polleras...

—Pero al final, son muchos de gran corazon.

Así se comentaba, y con otras frases parecidas, el remate de una "trenzada", que a cuchillo limpio, habían sostenido minutos antes, dos mocetones, cerca de los puestos de "chicha", sandías y comestibles que se habían instalado (como en "rodeo" en un terreno, cuarto de manzana) en uno de esos "bodegones" de remolienda que tan comunes son en las provincias cuyanas.

★

En el límite, entre la ciudad de Mendoza, hacia el Norte y el Departamento de Las Heras, como figurando un descanso para los que bajan de las serranías, o abandonan los viñedos, se había formado, desde hacía días, gracias a la cantidad de "comerciantes" en vinos, chichas, anisados (todos ellos de los distintos colores, gustos y hasta calidad), y otros de frutas y comestibles, que explotan sin consideración ni medida, se había formado, como digo, una de esas tan comunes y famosas "bodegones" que si bien son de expansión para muchos, porque allí se ha autorizado la "diversión" individual y colectiva sin límite, no sólo como alcohólica y gastronómica, que para ese sobran las mesas redondas donde se sirven buenos "potrillos" de criollo, empanadas, churrascos, chorizos y hasta platos con olorosos sopas, sino porque no faltan cantores regionales o guitarreros, que en su mayoría se conforman con unos pocos centavos, que de vez en cuando les hace llgar algún del auditorio, que conociendo la forma de vida de estos "artistas", se enternece.

Y allí, en cualquier sitio, donde esos puestos dejan un espacio relativamente libre, se han acomodado esos "genios", se cantan cuecas, gatos, chacareras, zambas, etc., ininterrumpidamente, los que son aprovechados por mujeres y hombres, ya para lucirse con sus vestidos de fuertes colores, o enaguetas y camisas con numerosos botones, adornados con cedas variadas, o bien para dar principio o continuar un idilio, que en su mayoría son para mientras duran esas remolíendas.

Era domingo y caía la tarde cuando ocurrió lo que he mencionado al iniciar este relato.

La enorme concurrencia que había en aquel lugar hacía la permanencia casi insoportable, pues la brisa zonda que reinaba y el polvo que se levantaba por el zapateo de las parejas, que hacían gala de agilidad y destreza, para aquellos que habían ido allí con intencion de pasar el tiempo en franca "juerga", esas molestias no les preocupaban por estar ya familiarizados.

En uno de los ángulos se había instalado una modesta cocina, entre calpones y bancos, cubierta con un ligero toldo, pero aunque reducido y sencillo, estaba limpio y parecía que era el lugar elegido por la gente joven.

Posiblemente existía una gran razón; se trataba del puesto de doña Brígida, quien acompañada de su hija Encarnación, hacían, puede decirse, los honores de la fiesta, pues sus empanadas, pasteles y tortas fritas, eran sientadas en toda aquella zona, lo mismo que en Guaymallen y Dueñas se Coria, donde llegaban con su fábrica ambulante cada vez que sabían de algún remolienda, feria o cosa parecida.

Entonces las calbosas manos de doña Brígida metcalaban gran cantidad de harina, que luego fraccionaba en fuentones, alternando la con pasas, piñones, nueces, etc., según el destino que le diera, o bien iba preparando el picadillo, aceitunas, huevos y ajíes picantes para las empanadas.

Encarnacion, delante de la cocina de leña, junto a la tabla que servía de mostrador y mesa, con la grasa en los sartenes, a punto, se esmeraba en darles el dorado adecuado a cada pieza de masa que ponía en ella.

Era tal el interes por aquellas empanadas, tortas o pasteles, que cara vez se enfriaban en las fuentes, pues eran consumidos por los concolores de buen paladar.

De doña Brígida, poco o nada se sabía. Llevaba muchos años por aquellos lugares, haciendo la misma vida de trabajo. No se le conocía marido y se decía que nunca lo tuvo... pero algunos viejos, que habían vivido en las cercanías del "Callejón le los Ciruelos" meraban con cariño y respeto aquellas dos mujeres, porque ellos habían "aguantado" unos amores que decía Brígida tuvo, hacía muchos años, con Cirilo, un "roto" (chileno) que trabajaba como capataz en el ferrocarril. Y dicen también, que aquellos dos seres, dentro de su natural sencillez, habían formado un nido tan primoroso, que fuera envidia de más de una mujer; sus rojos y [illegible] muestra claramente la vida sana y [illegible] ron del lugar, resguardándose por unos árboles, y como si hubiera existido un tácito acuerdo, desaparecieron sus fibrosos cuerpos y acostándose en Gerarmelle.

Ambos eran hábiles en el manejo del lazo, así que los pantanos y quites se repetían con ramas y [illegible] con gran accidentes.

El duelo criollo era real. La sangre se veía en los rostros y la ropa mostraba desgarraduras exhibiendo en la pujanza con los músculos bien dirigidos al ataque.

Pero, en un momento dado, ocurrió algo inesperado. Gerardo que llevaba la mejor parte, sacó el arma, arrojando a su adversario; "Basta hermano", le dijo, que arrojado a tierra su cuchillo, acepta que imite Segundo.

Entonces Gerardo se le acercó, le abrazó y amistoso hacia la calle, donde tenía atado su mula cerrillada y haciendo montar en ancas a Segundo, salió como la montura y puso al galope largo y en dirección a la sierra.

Cuando llegó la autoridad, avisada por uno de los espectadores, aquello había desaparecido, y poco más después, en el "Boleogon" no se hablaba más del incidente corriente en esta clase de fiestas.

Encarnación, al ver ver volver a Segundo ni a Gerardo, e ignorando el final de aquella cita, cantó la guitarra del cantor y al finalizar la remolienda, en el silencio de su pobre cama, junto aquellas escenas que con tantas armonías se había hecho sentir aquel que tal vez no muy lejano, podría haber sido su dueño.

De los dos guapos no se supo nada, pero dicen que desde aquella noche, bandidos por el mismo cariño y con la nobleza de los hijos de aquellas tierras, fueron hermanos inseparables y... [illegible] vieron a "juerga" alguna [illegible] de gente.

Encarnación debe frizar en los 20 años. Morena, ojos grandes y renegridos, dientes blanquísimos, dos gruesas "chawecas" caen sobre su espalda y un cuerpo que de [illegible] ción hacia Encarnación, quien parecía la advertía, pues el rubor cubría toda su cara, aun cuando doña Brígida a su lado, le recomendaba tal o cual pieza que debía dejar más en la grasa por su mayor esmero de relleno, etc., en tanto vigilaba atentamente lo que a su lado ocurría.

Entre los ajuares se encontraba otro aquello: moceton, Genaro, mensual de una bodega de las vecindades de "Trapiche", quien desde el día antes había estado haciendo una corte disimulada pero insistente, a Encarnación, demostrándole con continuas adquisiciones de sus productores y el obsequio de un macizo de clavel del aire cuajado de flores, y si bien ella mostrábase indiferente, a pesar de que el porte y lenguaje no le desagradaba, pero... no había llegado el momento de elegir.

★

Casi anochecido siendo, ya se habían encendido algunos candiles, cuando de Genaro se apropiaron vigilosamente a Segundo y Gerardo ligeramente el hombre se pidió que lo acompañara, invitación que éste no se hizo repetir, y sin sospechar de lo que se trataba, se ajustó el pañuelo de seda blanco que llevaba al cuello y como por costumbre acariciaba se pasó el mango de plata de su cuchillo, dejando la guitarra sobre el cajón.

Encarnación, que vió los movimientos, tuvo un triste presentimiento, por que instintivamente se dió cuenta y abrazó a su madre mientras una lágrima rodaba por su mejilla y decía Brígida al oir de su hija lo que había visto, la estrechó contra su pecho, como único consuelo a en un trance igual [illegible] nales.

Los dos hombres, seguidos por varios de los presentes, se alejaron [illegible]

GUBA 29

La Maldición de la Lepra

EN la vasta literatura determinada por los espíritus investigadores que han abordado hasta ahora en las indecibles tribulaciones de los leprosos, hallamos toda suerte de apertes de un gran significado humano. Encontramos las descripciones minuciosas de leprocerías en distintas regiones del mundo, trabajos de investigación científica que ofrecen al profesional y al que no lo es, cada uno de los elementos que contribuyen a la sintomatología complicada del mal, a su origen y propagación, como también a los milagrosos procedimientos descubiertos para traer alivios, evitar contagios y, en algunos casos tomados a tiempo, lograr una cura. Nada de mayor dramaticidad que los relatos acerca de hombres de ciencia, sacerdotes, madres, esposos, que con gran espíritu de sacrificio y renunciamiento han socorrido en alguna forma u otra al leproso, aunque más no fuera que para hacer más llevadera su triste existencia con los halagos de la amistad o del amor. Más de un santo en el calendario no tiene mayor prueba en sus manifestaciones de beatitud personal que el sacrificio de su vida como un tributo al dolor de un semejante atacado por el mal de Hansen, uno de los pocos males que justifican cualquier objetivo fuerte. Pero posiblemente ninguna de esas construcciones al conocimiento de lo que es en sus orígenes y consecuencias la calamitosa enfermedad pueda compararse con la que ha hecho en los últimos años sir Leonard Rogers, inglés dos veces noble, por su apellido de abolengo y por su devoción científica al estudio de la lepra, sobre la cual es una de las autoridades más destacadas de todos los tiempos.

"¡Inmundo!, inmundo"

"¡Inmundo! ¡Inmundo!". Con este apostrófico nombre, que trae a la memoria la incomprensión de los antiguos acerca de la lepra, intitula Paolo Zappa un libro sobre la materia, prologado por sir Leonard Rogers, quien nos garantiza la veracidad de cada una de las observaciones y conclusiones que encierra la obra. De otro modo se prestaría a toda suerte de dudas la dramática profusión de relatos, materiales estadísticos, cuadros gráficos, que utiliza este autor italiano para descorrer el velo que todavía cubre una gran cantidad de hechos directamente vinculados con la vida y la enfermedad de los leprosos. La copiosa información que nos provee no podría caer en saco roto ante los que tienen en sus manos la autoridad y los recursos para evitar que el mundo contemporáneo se olvide de esta cuestión trascendente. La humanidad tiene en este gran problema todavía intereses de vida o muerte... Si han asegurado Rogers y Paolo Zappa, quienes se valen de los copiosos medios referidos para recordar al mundo actual que, debido a la relativa inmunidad de que goza, gracias a numerosos factores de índole diversa, no debe incurrir en el error de creer que se trata de un horror que pertenece por exclusiva al pasado.

La lepra en nuestros días

No se trata de una mera referencia a esta espantosa realidad. Los hechos y las cifras invocadas tienen la gravedad de las grandes admoniciones. En la China solamente, y se nos recuerda, hay leprosos a millones. En el Japón, no obstante sus recientes asimilaciones de la ciencia y la ciencia del Occidente, tiene cien mil leprosos. Y si pasamos del Oriente al continente Americano, nos hallamos en presencia de una propagación no menos alarmante en Cuba, Colombia y otros países, entre los que se destaca especialmente el Brasil. En la América Latina, sufren el mal de la lepra dos habitantes por cada millar, —

Padriéndose en vida

Hojeando las páginas del libro de Zappa, aunque en la forma cinematográfica a que invitan sus grabados, se observa que no es en una simple leyenda que se basa el temor y náusea suscitada por la sola mención de una leproseria. Cada una de las reproducciones de casos individuales o conjuntos colectivos corroboran l tradicional ipresión de que el leproso ofrece el cuadro horripilante que más de un escritor nos presenta en términos de "cuerpos que se pudren en vida". También se llega a justificar que la familiaridad y el continuo contacto con leprosos no contribuyen a desdibujar ese cuadro. Parece ser que los especialistas de más larga foja de servicios en leproserías no dejan nunca de sentir las primeras impresiones de su asociación a los enfermos. Un famoso especialista brasileño, director de una leproseria de San Pablo, decía efectivamente a Paolo Zappa lo siguiente: "Hace ya treinta años que estoy dedicado a la colonia y tengo a la vista centenares de leprosos. A pesar de ello, no me he acostumbrado a verlos con indiferencia, como ocurre a los médicos de otras enfermedades. En realidad, la impresión asco aumenta en lugar de disminuir con el tiempo".

Entre las furias espirituales del Medioevo

Parece ser que por toda Europa la lepra ha sido durante la Edad Media poco menos común que lo que resulta ser ahora en los países orientales y americanos arriba mencionados. Las medidas tomadas contra los atacados por la terrible enfermedad revestían aspectos de condenación espiritual, promulgada contra ellos por autoridades eclesiásticas, en cuyos anales se registran documentos de gran interés histórico como el que pasamos a reproducir: "Una vez diagnosticado como leproso, el enfermo recibía un informe de las conclusiones del médico. Se le suministraba un sacerdote, encargado de separarlo por completo de la sociedad con algo así como un ritual bien determinado". "El leproso en esos casos, — dice un documento de la época — era llevado primeramente a la iglesia, donde se consagraba por última vez en su vida. Del confesionario pasaba arropado en una manta especial al altar para oír la última misa que había de escuchar. Terminada la misa, el sacerdote que la oficiaba daba la orden para que el leproso fuera llevado al patio de la iglesia, cosa que se hacía en una camilla improvisada cual si se tratara de un muerto. En el patio el sacerdote aparecía con una pala con la que echaba tierra sobre el enfermo, dando la impresión de estar llenando una fosa. Recibía finalmente algunas últimas palabras de consuelo que el cura decía con tonos plañideros y cuya última frase era: Muere para el mundo pero vive para Dios. Después de eso, en la misma camilla era llevado el leproso a las afueras de la ciudad y abandonado a campo abierto, solo, perfectamente solo".

Cuando en algunas ciudades se humanizaron semejantes medidas, hijas del terror que despertaban los leprosos, se les impuso a éstos la obligación de andar envueltos en una capa de color especial, usar guantes y calzar sueces de madera, cuyo tacones pudieran oírse a larga distancia. Se le prohibía tocar objeto de cualquier clase, a no ser por medio de un bastón del que se le obligaba a ir siempre provisto.

Es probable que estos cuidados hayan contribuido a evitar la propagación de la lepra en Europa. Los autores que nos ocupan, sin embargo, no están seguros de ello, ya que citan números casos en que el aislamiento practicado en tiempos modernos no ha dado resultado satisfactorio. Quince años, por ejemplo, de lucha contra la lepra en las islas Filipinas, de lucha conducida hábilmente por el gobierno de Estados Unidos, no ha reducido la difusión de la lepra en una medida apreciable, a juzgar por una investigación, de la que se hacen eco Rogers y Zappa. Los métodos rezagados con sentimientos humanitarios resultan contraproducentes, pues contribuyen a la disimulación y a la rebeldía. Una de las consecuencias peores de la segregación poco atrayente para los enfermos conduce a que la mayoría de los casos de enfermos que pasan por el período primero y en muchos casos curables, no sean dados a conocer por ellos o por sus familiares.

Los consejos de Hansen resultan los mejores

Los métodos que están ahora al alcance de la humanidad, parecen ser tan eficaces que infunden a nuestras autoridades la seguridad de que si los gobernantes los adoptaran sería posible desterrar del mundo la lepra en el término de varias generaciones. Se trata de los métodos inspirados en la misma obra de Hansen, el descubridor del bacilo de este mal. "Trátese a los leprosos como seres enfermos, no como seres malditos, — decía el gran Hansen — y se beneficiará la humanidad no menos que ellos. Permítase que los que tienen medios se queden en sus casas y reservense los lazaretos para los indigentes. Sobre todo esto: no se hagan economías con los leprosos, y dedíquese a su cuidado todo el dinero que se pueda gastar".

El gobierno de Noruega siguió los consejos de aquel hijo talentoso del mismo país, y al parecer obtuvo beneficios considerables. En 1920 había en Noruega 1800 leprosos; a fines de 1930 no había más de cien. Agrega ir Leonard a estos ejemplos de precisión gubernativa algunos hechos científicos últimamente descubiertos acerca de la naturaleza del origen y el desarrollo de la enfermedad para redondear una posición doctrinaria adecuada para la lucha contra ella. Dice el gran especialista británico que, como la mayoría de los casos el período de la incubación del bacilo no es de más de cinco años, y además, como los casos francamente infecciosos no tienen más de diez años de desarrollo total, es posible poner en práctica métodos de lucha en que se combinen la ciencia y el sentimiento con las consecuencias más lisonjeras. Acerca de Egers: "Si las casas y los alrededores de leprosos pudiesen estar vigilados mediante exámenes practicado cada seis meses durante diez años, a fin de constatar la aparición de los primeros síntomas de las etapas infecciosas, la vasta mayoría de los casos que están en el primer período de desarrollo podrá ser combatida y eliminada al mismo tiempo que los casos infecciosos hayan podido ser eliminados o se hayan eliminado por sí mismo".

Coinciden estas conclusiones de sir Leonard con los recientes descubrimientos metodológicos del doctor Aitken para curar enfermos que no hayan entrado en avanzados períodos de infecciosidad, comprobando demostrativamente sus teorías en la obra ejemplar que ha venido realizando con los leprosos del Sudán durante una larga estada en aquella región.

Peloponeso y Jaz mín ★ por Hamlim

La Noche del 31

UN CUENTO POLICIAL

POR

Ilustración de Rojas

La joven Haydée Miralli le entregó llorando al pesquisante Fu-Yi-Nam la esquela firmada por su novio, concebida en los siguientes términos: "He visto el abrazo de ustedes, la noche de Año Nuevo, en el balcón de la alcoba, desde el escalamiento del señor por quien me reemplazas... Gracias; puedo asegurarte que nunca volverás a mí.— Arnoldo Páez".

El pesquisante fijó sus ojos hacia la joven; detrás de ella estaba colgado el almanaque, señalando la fecha: 4 de enero.

—Esa noche siguiente estuve en mi casa, señor... — susurró Haydée.

—¿Está usted segura, señorita — le preguntó Fu-Yi-Nam — que no se trata solamente de un pretexto para romper con estas relaciones?

—¡Oh, no, no! — exclamó vivamente la joven —. Se lo puedo jurar mil veces. Me amaba sinceramente; hay detalles que lo prueban.

La señorita Haydée era huérfana de padre y madre, y estaba bajo la tutela de un Consejo, administrador de bienes de la familia, desde la edad de catorce años; contaba en la actualidad veinte. La situación económica de Haydée era inmejorable. Arnoldo Páez distaba mucho de estar a su misma altura en materia de finanzas.

—Tiene usted una copia del testamento de su señor padre?

—No, señor.

—¿Quiere usted darme la dirección de su escribano?

—Con mucho gusto.

—Gracias.

El pesquisante se levantó, dando por terminada la breve entrevista.

Antes de irse, la joven se detuvo para preguntarle, ansiosamente:

—¿Puedo pasar?...

—Tendré novedades muy pronto. Váyase tranquila.

A las dos días, Fu-Yi-Nam se presentó al despacho del escribano. Llevaba presencia del mismo, exhibió su credencial.

—Soy el pesquisante Fu-Yi-Nam. Deseo revisar el testamento de Diego Miralli.

Al paso que pronunciaba estas palabras, el pesquisante se precipitó en el cofre del escribano un gesto irónico.

—El testamento del señor Miralli, acabo de llevárselo...

—¿Quién?

—El tutor de la señorita Miralli.

Fu-Yi-Nam se dirigió a la casa de la heredera. Era una suntuosa casa-quinta, rodeada de jardines y arboleda. Se hizo anunciar. El criado volvió para decirle que la señorita Haydée había salido. Fu-Yi-Nam no insistió. Su actitud apacible no pasó desapercibida para el criado, que esperaba ver en él, sin duda, un gesto de contrariedad; en cambio, esta extrañeza del cliente le dió al perspicaz Fu, a su vez, la oportunidad de confirmar su sospecha de que la señorita Haydée estaba en la casa.

—Vamos — se dijo mentalmente Fu-Yi-Nam — en el mejor de los casos, el criado no ha podido llegar hasta la señorita. Debe haberla sabido al paso el tutor, para decirle que ella no se atiende. Voy a hablarle por teléfono, de parte de... de quien?

Pronto se ingenió para saber a quién debía mencionar. Habló; le contestó una voz masculina:

—¿La señorita Haydée? ¿De parte?

—De parte de Monsieur Bimet.

Era el nombre de su modisto.

—Un momento.

Esta vez, la voz de Haydée hizo vibrar el auricular. Fu-Yi-Nam le dijo, de inmediato:

—Le habla el pesquisante Fu-Yi-Nan. ¿Puede atenderme enseguida?

—Con mucho gusto.

Unos minutos después, el pesquisante estaba sentado frente a la señorita Haydée, en el saloncito de lectura de la joven.

—Decidan dar una lectura al testamento de su señor padre. ¿Le tiene usted en su poder?

La joven hizo un gesto de extrañeza.

—Pero ¿no le dije hace un momento, señor Fu-Yi-Nam, cuando estuve en su casa, que el documento estaba en poder de mi escribano?

—Estaba; ya no lo está.

—¿Quién lo retiró?

—Su tutor, señorita Haydée.

—A ver, un momento...

La señorita Haydée hizo sonar un timbre. Apareció su ayuda de cámara.

—Llámelo al señor Cosso.

El señor Cosso, señorita, ha salido apresuradamente para Mar del Plata. Sobre su escritorio dejó una esquela para usted.

—Traígala.

El ayuda de cámara trajo lo pedido, y se retiró.

—Antes que nada, señorita Haydée — dijo Fu-Yi-Nam — haga el favor de decirme cómo se llama este hombre.

—El ayuda de cámara? Juan, creo... Es nuevo; recién ha entrado ayer a nuestro servicio.

—¿Y el otro?

—Se fué por su propia voluntad, sin dar explicaciones.

—¿Que día se marchó?

—Anteayer, el día 2...

—Perdone que me detenga en estos detalles... ¿Puede usted facilitarnos el nombre y la dirección del ayuda de cámara anterior?

—Enseguida.

La señorita Haydée registró unos cajones de su escritorio, y le proporcionó a Fu-Yi-Nam los datos pedidos. Este le dió las gracias, y la señorita Haydée leyó la esquela de su tutor. Frunció el ceño, visiblemente contrariada, y permaneció un momento en silencio, con la vista fija en el suelo. De pronto volvió a posar sus ojos por el pesquisante, leyendo esta vez en voz alta:

—"Un asunto urgente me reclama. Parto en el tren de las 12. Saludos".

Fu-Yi-Nam sonrió casi imperceptiblemente. Enseguida, le preguntó a la joven:

—¿No recuerda usted alguna cláusula del testamento que guarde relación con el señor Arnoldo Páez?

La señorita Haydée recapacitó unos instantes.

—Creo... En efecto, que hay algo, que no es precisamente... —Veamos, trate de hacer memoria. El dato es de sumo interés para la pesquisa, se lo aseguro.

—Si mal no recuerdo — comenzó diciendo Haydée Miralli — en uno de los párrafos del testamento se declara que, en caso de trasponer la heredera, yo, en este caso, la edad establecida para la mayoría de edad sin haber contraído enlace, la fortuna de mi padre debe dividirse con mi tutor, el señor Juan Cosso, que fué camarada de exploraciones de mi padre en Groenlandia...

Fu-Yi-Nam se inclinó, vivamente interesado.

—Perfectamente. ¿Cuándo cumple usted los 22 años?

—Pasado mañana.

—¡Pasado mañana!

Fu-Yi-Nam se puso de pie.

—Me voy.

—¿Tan pronto? ¿No necesita nada más?

—Por ahora, basta.

Al despedirse, el pesquisante Fu-Yi-Nam le dijo a Haydée desde la puerta:

—Pasado mañana cumple usted los 22 años... Me queda tan sólo cuarenta y ocho horas para despejar la incógnita de su ruptura, y reconciliarla con su novio.

Fu-Yi-Nam se dirigió inmediatamente hacia el domicilio de Arnoldo Páez.

—Soy el pesquisante Fu-Yi-Nam, explicó cuando se halló en su presencia. — Deseo que no conteste a esta sola pregunta:

—¿Cómo supo usted que la noche de Año Nuevo iba a tener lugar la escena que usted dice haber presenciado?

—Por un dominó, después lo comprobé.

—Señor — le dijo entonces Fu-Yi-Nam — le aseguro, bajo palabra de honor, que la señorita Haydée ha sido víctima de una maquinación infame, en provecho de terceros. Prométame usted, a cambio de mi discreción, que si llegara a ponerse los cuernos en verdadera lugar, usted se casará con ella pasado mañana antes de las doce horas.

El joven, que escuchaba con la ansiedad que es de imaginarse las palabras de Fu-Yi-Nam, lexclamó inmediatamente:

—Aceptado.

Fu-Yi-Nam se volvió a su gabinete. Se sentó a la turca, y engulló su porción habitual de dawamesk. Durmió toda la noche. A la mañana siguiente, muy temprano, salió a la calle. A mí, después de consultar las señas anotadas la tarde anterior en su libreta, marchó por Azcuénaga en dirección a Lavalle. Llegó frente al número 2356. Llamó con unas palmadas.

—¡Julio, Jesé?

—Acá vive. Un momento...

El hombre que salió a atender al pesquisante, un negrito mozo trechonche y bifital, se alejó unos pasos hacia adentro, y estuvo cuidose las manos a los lados de la boca, a modo de bocina, llamó:

—¡Eá! ¡Julio! ¡Acá te buscan!

Se oyó un "¡Voy!" lejano, en el piso de arriba, y al rato bajó el ex ayuda de cámara de los Miralli.

Fu-Yi-Nam le dijo, simple y enérgicamente:

—Queda usted detenido.

—¿Pero, señor!... — comenzó a gimotear el hombre — yo no he cometido ningun crimen! Yo...

—Si usted prometió contarme como se preparó la escena de la infidelidad, la de la ventana, ye...

—Pero ¿de qué infidelidad, de qué ventana me habla usted, señor?

—Es inútil, Julio. El tutor de la señorita Haydée la ha confesado todo; y te declara culpable de esa santommia. Dice que le exigiste dinero por la fuerza, y entonces, él...

—Mentira! ¡Miente ese canalla! — rugió entonces el ex criado —. ¡El dinero me lo dió él para inducirme a la comedia!... Yo...

—¡Basta! — volvió a exclamar Fu-Yi-Nam —. Vamos andando, o...

—¡No, no, un momento! Escúcheme; el culpable en este caso, no...

—De una vez por todas, — le interrumpió Fu-Yi-Nam, calmoso como de costumbre — ¿está dispuesto usted a declarar la verdad ante todo, la inocencia, y después, a reconstruir la escena de aquella noche?

—¿Como no! ¡Cien veces, si es preciso!

—Bueno; vamos juntos. Ya le doy mi palabra de que no tendrá nin-gún trastorno. Solo lo arreglaremos en privado.

Sentados ambos frente al joven Arnoldo Páez como en una simple tenida de amigos, mientras fumaban los tres sus respectivos cigarrillos, el ex ayuda de cámara se explayó de esta manera:

—El tutor de la señorita Haydée estaba particularmente interesado en retardar su matrimonio, pues, según lo sé ahora, su maniobra, en caso de éxito, iba a proporcionarle una participación en la herencia igual a la de ella. Hizo un plan para lograr su propósito, y recurrió a mis servicios para llevarlo a cabo. Se obligó la noche de Año Nuevo, ser sabedor de antemano que ella iba a pasar la velada en casa de unos parientes de su difunta madre. Todo se redujo a simular una escena de amor a propósito para que la presenciara el señor Páez, a quien se le envió un anónimo con ese objeto. Como la señorita estaba ausente, fué sumamente cómodo llevar las cosas a su término. Mi propia mujer hizo el papel del ama; y yo, vestido con toda decencia, llegando adentro un pequeño bigote postizo, desempeñé el rol de galán" ... Fu-Yi-Nam se echó a reír; y el joven Arnoldo, a pesar suyo, no pudo reprimir una sonrisa.

—Era una noche oscura, sin luna — continuó el ex criado de la señorita Haydée — y el tutor, que espiaba los movimientos del señor Páez, se declaró satisfecho del resultado.

—En efecto — terció el señor Páez — esa noche, después de recibir el anónimo, espero el momento señalado en la misiva, y se dirigió hacia la arboleda que circunda la casa. Me sorprendería decirlo, pero cualquier otro hubiera hecho lo mismo, antes de atreverse a increpar a la mujer que se ama... Naturalmente que pensé tuviera que ver con la cuestión. Pero... ¿y si no fuera? La duda es horrible, en estos casos... De modo que presencié toda la farsa, como digo, desde el parque de la casa. Después, redacté la esquela que usted conoce.

Azorado de este modo el incidente, los actos, como es de imaginarse, ya que, a pesar de todo no dexcelan otra cosa, se cocinan inmediatamente. El tutor se vió obligado a cruzar a Europa. A Julio Jesé, de acuerdo a lo prometido por Fu-Yi-Nam, no le pasó nada; pero el susto recibido le sirvió de escarmiento.

Museo de la Confusión

POR

ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

Al calor de un "Hogar" del 22 de junio, me dediqué a la lectura de cierto cuento titulado "Retrato de hombre". Entre las erratas, similares, locuciones viciosas, cacofonías, adiptongos, casi diptongos, vocales malsorbibles, idiotismos y sonsonetes, fui sorprendido por el siguiente pasaje:

"Hunde los brazos, con pulseras gordas, entre la ropa, y las manos se llenan del olor de limones y membrillos".

Es lo mejor que podía haber hecho la heroína, pues está probado que el limón adelgaza y que el membrillo, salvo raras excepciones posteras, dulzainas y reposteriles, no se complica con obesidades, señoras mías, ni materias grasas. Me parece justo decir que es ésta la única conveniencia que le veo al "hobby" de llenar los guardarropas, tanales y roperos, de chaticlas halinas, vainas de algarrobo, guayabas, sandías caladas, higos chumbos y chirimoyas. Recomiendo, eso sí, evitar los cardos, alcauciles y algunas variedades de cactus entre los pañales del nene y las pantuflas del abuelo.

En la misma hucabrición, un poco más adelante, encontré lo que sigue:

"Observando al dorso del retrato leyó: "Te amo". Experimenta ahora un prolongado estremecimiento, como si aquel mancebo se encontrara allí, en figura física, en presencia viva".

¿Y si el mancebo se hubiera encontrado en figura física, en presencia requiem, no hubiera experimentado también la danisela una alteración o sobresalto análogo? ¿Quién sabe; estas heroínas son tan raras que a lo mejor con toda naturalidad lo invitaba al huésped a dar un paseo por el Museo Arqueológico o a tomar un helado de crema en la adyacencias del horno crematorio!

★

En otro Home Sweet Home correspondiente al 15 de junio hallé cierto monólogo bautizado "Una muchacha con personalidad". Transcribo lo que sigue:

"Siento que un día me moriré de esta cosa tan horrible: ¡los ojos que se van para siempre!... Y pensar que mis ojos andaviron esta mañana por Palermo... tragaron gente, automóviles, árboles, estatuas... ¡Estatuas!..."

No hay duda alguna que esta persona va a tener que resonar con horrible fragor. Ya me estoy palpitando el momento en que la ciudad desprovista de puronas, bicicletas, parásitos, obeliscos, monolitos y arboricultura se vea imposibilitada de calmar las ansias del ojo saltón o volador y éste recurra a inspeccionar los interiores le su dueña obligándola a tener la cocina siempre abierta para todo afán voraz o tuerto y la deje finalmente sin lombriz solitaria, píloro, cólon ascendente y páncreas Tanoira.

★

En la misma revista, de un articulito titulado "Calumnia", estresaqué lo siguiente:

"Porque se puede hablar sin abrir la boca ni tomar la pluma".

Sin abrir la boca se han dado casos de personas que log-aron conversar por la nariz, vaciando endecasílabos con la oreja izquierda y hasta pronunciar las palabras mamá y papá con el ombligo, pero esto abriéndolo desmesuradamente. Sobre que se puede hablar sin tomar la pluma, es indudable y hasta creo que es más factible que tomándola. Recuerdo aun que la única vez que quise convertirme en un llorero de plumas con alfonto, las únicas palabras que pude articular fueron nonsocento y sálveme quien pueda, mientras mis oídos percibían claramente que era llamado con insistencia por mi nombre.

★

En la sección Para la Gente Menuda, la hogareña revista nos informa sobre algunos pormenores referentes al bebé, en forma de consejos. Veamos:

"No lo deje mojado de noche más de cuatro horas, y de día, cámbielo apenas se moje".

Me parece muy bien porque sería una crueldad mantener al párvulo en bañomaría más de cuatro horas, como también obligarlo a habitar en el aljibe, la cisnaga, el café moruno o el tabo, dándole como únicos entretenimientos un expositorio, una tortuga, un cuentagotas o un pez exótico hasta que adquiera la forma de mojón, de mojica, de mojiganga o de un mojarra.

En "Para Ti" del 26 de junio se hicieron presentes algunos renglones dedicados a Eva Franco por un señor que firma Luis Tejada. Comienza así:

Una de nuestras primeras actrices, Eva Franco, mujer que llena ella sola cualquier escenario y detiende con su arte cualquier obra, disimulando los defectos que la producción pueda tener, esculpiendo en mármol sus personajes".

Ante todo, no veo la conveniencia de que una actriz llene ella sola el escenario, primero por lo monótono que resultaría el espectáculo y además por el desprecio que esto significa para los otros actores, como ser el tenorino, el bajo, la prima donna, el prestidigitador, el equilibrista, etc., por más que previamente se hayan visto esculpidos en mármol, granito o cemento armado. Más adelante expresa el crítico:

"En la Zaida de Martínez Cuitiño, Eva Franco pinta el personaje y hasta llegan momentos en que la Zaida que está en el escenario pasa a la platea, vale decir, que la protagonista se introduce en el espectador y se hace verdadera... Zaida de carne y hueso, que vive allí y seguirá viviendo para el espectador fuera del teatro".

Otras irreverencias de la actriz que no se conforma con usufructuar el escenario, dedicarse a la escultura y al arte pictórico, sino que también pretende avasallar la plates y utilizar los pocos sobrantes como bolsillos, mostajos y antropófagos. Finalmente esta otra particularidad de la diva, según su historiador:

"Y la actriz obedece, ¡y cómo obedece!, porque ella siente la obra, vive la obra, y llega un momento en que no sabe si la actriz está en el autor, o si el autor está en la actriz".

Si ahora salimos con que la actriz está completamente loqueada, es otra cosa. Si mi siquiera sabe si ella se lo ha puesto a Martínez Cuitiño en un bollsillo o si el escritor de garra se la ha metido a ella en la gorra queda completamente explicado su actuación frente a las candilejas, los chocolatines y el público desconcertado.

★

Pasemos ahora al "Para Ti" del 15 de junio donde aparece un artículo que trata de la temporada lírica del Colón y que presenta todas las huellas de su autor, el crítico Fernando Jáuregui. Me entero de lo siguiente:

Damiani dió pruebas de un completo dominio de la escena, revelando estar en posición de todos los resortes de su cuerda.

¿Una cuerda con resortes? No creo; apenas si alguno le asigna tornillos a ciertas cuerdas que no son locas, y esto en casos aislados. Si se tratara de alguna cuerda para colgar ropa, entuavía, pero en cualquier forma me parece difícil.

A renglón seguido nos sucedió lo siguiente:

Y para un cantante, presentarse por vez primera en un escenario extranjero, significa ponerse sobre una plataforma insegura, plataforma que lo puede elevar o voltear. Por esta razón, repetimos, se admirió en este artista un nerviosismo sin importancia.

Si al señor Jáuregui le parece que tiene poca importancia el nerviosismo, el ataque de nervios o el baile de San Vito para una persona que se encuentra parada en un trampolín que puede elevarlo hasta la estratósfera o cambullirlo de cabeza en un dique seco, no sé para cuándo reserva la parálisis y la inmovilidad el ágil crítico reviterli.

El Nuevo Rico

por H. Rodriguez